

MENTE

En el principio era la acción.

W. GOETHE.

MES DE MAYO

1920

SUMARIO:

Editorial, Amelius. — Malatesta, R. González Pacheco. — El revolucionario eterno, Carlos Astrada. — El Soviet, Saul Taborda. — El anarquismo en la Argentina, J. M. Suárez. — La crisis de la producción, J. Torralvo. — La superstición del orden, Cancolunearvo. — Al Obrero, Eugenio Parajón Ortiz. — Contenido espiritual de la violencia, J. Lazarte. — Noticias argentinas, Luis Monart. — El New York Times..., William J. Robinson. — 192.748 c. c., Carranza. — Hasta cuando?, Miguel Brügger. — La gordura, Marcos Profano. — La educación sexual, Abel Rodríguez. — La rebelión de los esclavos, S. G.



Redacción y Administración:

COLÓN 1336

Dpto. N.º 3

CÓRDOBA

La revolución está escrita en la frente de los hombres; y lo que está escrito en la frente de los hombres, acontece.

L. Frank.

EDITORIAL

Cuando cada día que pasa muestra del modo más abrumador, definitivo, la corrupción del régimen burgués y la absoluta incapacidad de esta clase para dirigir los destinos sociales; cuando una manada de irresponsables ha tomado por asalto la cosa pública, convirtiendo las instituciones históricas en pantanos morales podridos.

Cuando las masas obreras siguen soportando sufrimientos que sublevar la conciencia, represiones estúpidas y matanzas sangrientas.

Cuando el parlamento, estéril, rémora sin eficacia política, es un instrumento servil de todos los capitalistas y obstáculo petrificado puesto al progreso.

Cuando la autoridad, violencia legal, instrumento de opresión, irreconciliable con la libertad humana está corrompida en su substancia y el espíritu de la clase que la detenta amenaza convertir al hombre en un miserable de alma de oro, con médula de egoísmo.

Cuando es un deber prepararse a la resistencia armada contra las agresiones injustas de las fuerzas burguesas, para defender la moribunda libertad, ahogada en sangre; cuando hay que conquistar el derecho por la lucha violenta o conformarse con ser definitivamente esclavo y animal.

Cuando se ha ensuciado toda la tierra con repugnantes mentiras traiciones y horrores terribles para hundir a los hombres de espíritu libre en el sufrimiento, prestándose a todo una justicia monstruosa al servicio de una clase.

Cuando hombres, mujeres, niños, bandidos, mendigos todos amenazan ser héroes.

Cuando una inmensa ola de libertad surgiendo lenta y dolorosamente envuelve suavemente al mundo llegando hasta el soldado que en agitación sublime abre los brazos para fraternalizar

con el compañero, dejando caer el fusil para no cojerlo más. ¿Puede negarse uno a ser revolucionario?

Puede nadie negar que la revolución es el único camino abierto a las muchedumbres desesperadas, hambrientas de pan, libertad y justicia? el único medio de transformación social y económica, para llegar a un régimen comunista?

Puede uno callarse después de haber sido ultimados por causa del capitalismo internacional diez millones de hombres y hambreados millones y millones de niños y de mujeres.

Lector! crees que se ha derramado la mejor sangre de la tierra y se han destruidos las mentes mejores de las razas de Europa, impunemente, para que permanezcas como antes de la lucha sin importarte nada de la humana justicia, o indiferente?

Si así piensas, no sientes la dignidad humana. No tienes derecho a llamarte hombre.

AMELIUS.

MALATESTA

He aquí un hombre que se ha ganado el derecho de hablar a la humanidad, y que ésta le oiga. Sin ser un genio, su palabra se autoriza universalmente. Y es que todos saben que un solo interés mueve su lengua en la tribuna, su pluma en el periódico, su pie sobre la tierra: la justicia.

No posee más que el Ideal, y éste le basta para estar en todas partes como en su casa y hablar a todas las gentes como a hermanos. Herrero, deja su lima, rodea a sus camaradas de trabajo y les dice su pensamiento libertario. Vendedor de refrescos en la calle, pára su carro, lo trepa y conglo merá transeuntes para cantarles sus

sueños. Fugitivo de la cárcel o la horca, no se esconde para temblar o rectificarse: escribe un folleto, planea una acción, se concentra para un nuevo ataque.

Cincuenta años de esta vida han llegado a identificarlo con su palabra. Él es lo que habla: un comunista anárquico. Y viejo y vagabundo y solitario, es grande como la idea que lo alienta, fuerte como el fierro de las armas, joven como el Ideal.

Y no es un santón ni un ídolo. Nadie le ve apareciendo entre astros, rodeado de resplandores, sobre una cumbre. Es más veraz que todo eso y más efectivo. Es un compañero de los hombres. Es el compañero Malatesta.

Y ved todavía, que raro!... Todo aquello que desvela y desvive a los caudillos, a él no le inquieta. Es un jefe sin soldados y sin táctica; para quien no hay victorias ni derrotas; para él que todo es una sola batalla... Sale de su suburbio de Londres, o del cuarto del camarada de Ancona, o del barco que le trae de una excursión por América, y dice lo que se debe decir, en cualquier calle y a cual-

quiera hora: ¡comunismo anárquico! Y esto le basta para arrebatarles a los tiranos y a los canallas sus multitudes embaucadas.

Esta es su obra y él mismo es esto: un hombre que alza la visión del pueblo y que aparece siempre apuntando al ideal más alto. La humanidad lo vé. Los revolucionarios le amanos.

En estos últimos tiempos, Malatesta ha caído a Italia. Vuelve indultado, septuagenario, pobre. Llega en momentos de triunfos maximalistas y de derrotas burguesas. Podía, callar, retirarse, hacerse a un tibio rincón para morir en paz... ¡Ha peleado tanto!

Pero, no, no! ¿No véis que es Marx, el calumniador infame, su táctica dictadora, el socialismo de Estado, lo que amenaza imponerse?... ¡Hay que luchar todavía!... Y ahí está luchando por el comunismo anárquico!

¡Gran viejo nuestro! ¡Compañero de los hombres! ¡Compañero Malatesta!

R. GONZALEZ PACHECO

EL REVOLUCIONARIO ETERNO (1)

... daba con su hacha en el tronco de las encinas sagradas, y los «sometidos» se asombraban de no verlo devorado por el fuego celeste...

MAX STIRNER.

... no se trata de calcular placeres, de hacer contabilidad y finalidad: se trata de ser y de vivir, de sentirse ser, de sentirse vivir, de no ser una especie de mentira en acción, sino una verdad en acción.

GUYAU.—Esquisse D'Une Morale... , pág. 248.

ritmo natural. Habitado a arriesgarlo todo necesita ya del peligro como del aire que respira; su carrera de conspirador es un vértigo a través de las emociones más diversas.

En todas las circunstancias está por encima de los cánones de la moral de clase porque posee el elevado sentido ético que emana de sus propias convicciones, probadas al fuego del sacrificio cotidiano. Siempre en pos de la belleza eterna de la idea, desafía las asperezas del camino sobrellevando la plenitud de sus sueños.

Soldado de una cruzada, para él no tiene tregua el combate por la libertad; eterno combate creador que agiganta sus fuerzas e ilumina su espíritu. Identificándose con la íntima fuerza expansiva de la vida postula la libertad absoluta como imperativo categórico; como voz auténtica que viene de las profundidades del espí-

Sabe de las adversidades que depara el combate de cada día y ha transformado en férrea necesidad las contingencias de una vida azarosa y difícil. Así va corriendo la gran aventura de su ideal. Porque el revolucionario eterno es antes que nada un aventurero—naturalmente del tipo elevado—que va jugándose todo en cada encrucijada de su lucha tenaz y heroica contra los poderes constituidos.

Su vida, tocada de un ideal de perfección y reconfortada por una inalterable fe en su quijotesca empresa, diríase una moneda de esperanza que con un desinterés rayano en la inconsciencia él arroja sobre el tapete rojo de la conspiración.

Las persecuciones han hecho de la existencia del revolucionario eterno un constante sobresalto, y este ha llegado a ser su

ritu y que nos dice de su esencia anárquica.

Su ansia de libertad es intuición de una belleza trascendente que no cristalizará en obra inmortal porque ella es la vida misma que así nos incorpora a su movimiento ascendente y nos eleva a un ideal de perfección, brindándonos su eternidad viva en el frágil vaso del instante fugaz e inabismable. Su inquietud es soplo que espolea las formas inertes, que agita las vidas prosaicas y humildes; quiere redimir estas vidas, infundiéndoles su propios sueños, y así incorporarlas a su luminosa trayectoria para correr juntos el albur de la gran quimera. Su palabra ardiente es espíritu que se infiltra en la vida de esos hombres agobiados por el yugo de un trabajo inhumano y brutal — diríaseles fragmentos de materia obedeciendo a la ley de la inercia cósmica — y los solivianta a la visión de un ideal.

El revolucionario eterno contempla el mundo y la vida a través de un cristal que cada lágrima por sus propios dolores y los ajenos — que él los siente como suyos — ha ido aumentando, haciendo más potente para la visión lejana por encima de un tiempo que aún no ha devenido; en tanto que su sed de perfección, postulado central de su ética futurista, le ha ido dando transparencia y limpidez. Así nos anticipa el futuro en su visión de rebelde; nada de extraño tiene: la inquietud, semiclaridad en que se dibujan las formas de los sueños, no es otra cosa que la anticipación, algo velada por una penumbra de misterio, de lo que ha de venir.

II

Más he aquí la primera etapa en el camino del revolucionario eterno; examinándola comprenderemos la causa de la persecución de que es objeto por parte de los gobiernos, y que no es otra que el miedo a sus ideas por su acción deletérea sobre las grandes cristalizaciones de la ley, expresiones del principio de obediencia: *sociedad* como estado social impuesto por la violencia, y *autoridad* como órgano de imposición.

Es tal el poder del ideal, tal la sujeción que la palabra del rebelde opera en el ambiente, aletargado por una sumisión secular, que las autoridades estatales, «velando por la tranquilidad social» se incautan del «elemento disolvente» haciéndole sentir — oh ironía! — la omnipotencia de la ley a quien espiritualmente está por encima de la ley, y acostumbrado

a sortearla en la lucha de todos los días. Es así que se da el hecho sorprendente, si lo consideramos en su exterioridad, de que una colectividad apoyándose en la violencia de la ley expulsa de su seno a un hombre indefenso, escudado tan solo en su ideal y sin más armas que su palabra impregnada de humanidad y su fe inquebrantable de luchador.

Una colectividad en que se ha materializado el principio de autoridad no podía menos que expulsar al revolucionario eterno, al hombre todo inquietud, al «abominable exaltado» — todo él es una exaltación del espíritu — porque turbaba la digestión de los buenos burgueses, amenazando con aguarles, en nombre de algo vago y utópico que ellos han oído llamar justicia, el festín de su opulencia. Desde el punto de vista de la psicología propia del principio de autoridad él considera lógico el hecho de su expulsión; este es al mismo tiempo la prueba tangible de la eficacia de sus ideas. Por lo demás la expulsión no provoca en nuestro proscripto el más mínimo desfallecimiento; no morigeró sus impetus ni menoscabó su fé; tan solo logra avivar su llama rebelde.

El pánico que experimenta el burgués ante la enorme sugestión operada por el ideal que encarna el «hombre peligroso», y que le hizo concebir la luminosa idea de expulsarlo, nos suministra, por contraste, un seguro criterio ético para valorar los frutos de la prédica libertaria.

Hombres que por mezquindad de espíritu jamás han concebido un ideal y cuya palabra de orden parece ser el grito epicúreo de «comamos y bebamos que mañana moriremos», hombres tales no pueden comprender, y por consiguiente, respetar la grandeza del ideal ajeno. De aquí que atenten contra él, que es atentar contra la humana dignidad, apelando, como único recurso, al gendarme. Es que el pobre burgués ignora la fuerza expansiva de ese algo sutil, inmaterial — hablémosle así que puede que nos oiga y... comprenda — que invisiblemente pasa de un espíritu a otro y a otro más y a muchos otros más... y que se llama... a que no lo adivinas burgués!.. Idea.

Allá el burgués con su dios policiaco Orden, al que consagra diariamente sus flexibilidades de mimbres para que proteja su hartura; pero que tenga mucho cuidado con ese algo sutil, inmaterial que pasando a través de los espíritus, es misterioso soplo que cada vez más potente — no en vano recorre luminoso camino — aviva la llama de la revolución que, har-

tos de la injusticia, han encendido los hombres para purificar una vida bastardeada por los sórdidos intereses de una civilización mezquina donde no impera la belleza ni se rinde culto a los ideales.

III

Ya tenemos al revolucionario eterno expulsado de su país de origen; no importa; apenas llegado a la casa del burgués vecino, donde también los guardianes del orden velan por los fueros de la Autoridad sacrosanta, lo veremos izar su bandera de combatiente invicto. Expulsado de una y otra parte recorrerá diversos países arrojando a todos los vientos la roja simiente. Siempre con su alma en trance heroico, viajará errabundo entre hombres desconocidos pero todos hermanos suyos — hijos todos de un mismo dolor. En donde haga un alto, allí plantará su tienda de rebelde y dirá a los hombres su palabra mística, señalándoles el camino que conduce a la liberación a través de la constante lucha. No peregrinará en vano; a donde lo lleve su errante paso de soldado de la libertad dejará un poco de ensueño en el alma de los oprimidos, haciéndoles presentir la belleza eterna que encierra la vida cuando se afirma como indefinida progresión creadora, tendiendo a través del dolor y de la muerte hacia un libre universo.

Revolucionario bajo todos los regímenes, lo fué ayer, lo es hoy y lo será mañana. Eterno descontento jamás podrá satisfacerse con la cristalización de los ideales; siempre considerará lo que se realice en tal sentido como concreciones transitorias que han de ser obstáculos para un perfeccionamiento ulterior. Su ideal de libertad se abre, como la vida misma, de la cual es dirección ética cardinal, sobre una perspectiva infinita. Sobre este fondo de infinitud y eternidad el hombre recorre la curva de su existencia buscando de realizarse a sí mismo como fin en sí, mediante la diaria conquista de su libertad. Debe crear su propia vida esforzándose en cada momento del devenir de su espíritu, por llevar a plenitud sus más íntimas aspiraciones, sus mejores sueños.

IV

En ocasiones el revolucionario eterno, forzado por las circunstancias, se conduce no ya como agitador espiritual, sino como terrorista. Suele ser en épocas luctuosas

para la libertad en que los desmanes del despotismo han pasado el límite tolerable. Entonces asistimos al espectáculo, admirable de dignidad y de belleza, del hombre que se yergue solo en defensa de los fueros de la libertad, oponiendo a la violencia organizada del poder la violencia personal que casi siempre va acompañado del propio sacrificio.

Accepta tan extrema situación porque sabe con Guyau que: «Quien no obra como piensa, no piensa completamente». Pensando así, que es pensar vitalmente, el revolucionario eterno ha llegado a la acción extrema. No nos alarme esta expresión: significa tan solo que la idea ha rebasado el espíritu, por exceso de vida, y se prolonga en acción para encarnar en insuperable belleza trágica. En este trance de su lucha el revolucionario eterno sin vacilar ha jugado su vida. El sacrificio estaba en su camino de cruzado. Renan comprendió muy bien estas almas, ciertamente de estirpe, cuando dice de ellas que «cual mariposas vienen a morir en la luz de un ideal». Una muerte así es un acto de fe que vivifica el ideal y lo prolonga más allá de la efímera vida individual en que transitoriamente encarnó.

V

Al hundir nuestra mirada en la realidad presente percibimos en toda su magnitud la epopeya libertaria que están viviendo los pueblos; contemplándola, el espíritu se siente algo deslumbrado por su trágica grandeza al par que la gran visión lo reconforta y anima porque en ella reconoce el mismo fuego purificador que lleva en sí. Contemplando los acontecimientos a través de ese prisma básico que es la personalidad comprenderemos luego no más el papel fundamental que en ellos juega el revolucionario eterno. El es el fermento de rebelión que en éstos momentos álgidos trabaja a las multitudes que marchan hacia la insurrección. El mantiene viva la llama del ideal y la levanta por encima de la cobardía ambiente; así el aliento de los hombres libres llegará hasta ella, para abrillantarla y darle incremento.

Grande es Lenin — este hombre emersoniano — aplicando su voluntad de acero a los acontecimientos para orientar la Historia en el sentido del ideal que él encarna en forma admirable. Pero no menos grandes se nos ofrecen a nuestros ojos un Alejandro Berkman o una Emma Goldman al intentar, llevados por esa im-

paciencia anárquica que caracteriza la hora que vivimos, el derrumbe de las instituciones de la abominable plutocracia yanki o de las «libres instituciones de la gran democracia del norte» que suelen decir los folicularios del liberalismo político. El seráfico lacayo de la plutocracia, Wilson, velando por el orden creado para mayor gloria de los magnánimos reyes del acero, del petróleo, del carbón, del cerdo, declaró a Berkman y Emma Goldman personas «indeseables», expulsándolos.

Es el sino del revolucionario eterno ser persona «indeseable» para los guardianes, más o menos electivos, del principio de autoridad. Pero él midiendo con su intuición de vidente el camino de la Historia, campo del eterno combate, podrá decir al rebaño de esclavos mostrándoles su báculo de peregrino del ideal; sí, a todos los que atentan contra la belleza de la vida, reduciéndola a servidumbre, podrá decirles con Ibsen, el glorioso poeta: mi báculo se mira en el límpido mar de la libertad.

CARLOS ASTRADA.

(1) Introducción al Ensayo: La Concepción Anárquica de la Historia—Revisación de los postulados éticos cardinales a luz de la revolución integral.

EL SOVIET

Pocas instituciones han cobrado tan extraordinario prestigio en tan corto lapso de tiempo como la del Soviet. El Soviet así, en ruso, claro está; pues, tan presto como se traduce el vocablo, pierde, o se atenúa, al menos, su fuerza de sugestión. (En realidad, no es lo mismo Soviet que Consejo—Consejo Deliberante, Consejo de Higiene—con todo y evocar este último la función histórica de la escoba y el jabón). Desde que la palabra soviet fué escrita en la Constitución redactada por el Congreso Pan-ruso, en Enero de 1918, ha adquirido una terrible acepción. De tal modo sintetiza y resume los acontecimientos de la revolución bolchevique. Es equivalente de crimen para la policía, para la policía de toda laya, lega y doctorada, de machete y de ley; es sinónima de violencia catastrófica para la burguesía capitalista; y es imagen de satanismo judaizante y rebelde en las apacibles digestiones de los conventos. Para la prensa... un diario local gritó su alarma capitolina

no hace mucho, creyendo haber descubierto un soviet en una modesta asociación pro abaratamiento de la vida...

Sin embargo, nada hay menos beligerante que el soviet. La noción que le atribuye propósitos delictuosos, violentos, satánicos y fantásticos, proviene de ese estado psicológico del miedo que Mosso clasificó como enfermedad susceptible de terapéutica.

Continuadores como somos de la tradición federalista que se inició con el sacrificio de la constitución rivadaviana; que se afirmó después en todas las normas positivas que nos rigen; y que se sostiene en todas las vaivenes de nuestra vida institucional, resulta inexplicable y extraño que no se aprecie el Soviet como una máxima exaltación del federalismo. Así, como suena; pues, no otra cosa representa el soviet en el orden político al empeñarse en crear la economía, la justicia, la enseñanza y la administración locales, del pueblo y para el pueblo. Y todo esto es lo que no se quiere reconocer en la novísima institución a pesar de que sigamos acogiendo con entusiasmo los capítulos en que Brice pondera y aquilata la función descentralizadora del sistema federativo.

Pero lo que inquieta a los detentadores de la riqueza es otra cosa distinta. Hablemos con claridad. Si el soviet como institución política lleva a sus últimas conclusiones el proceso histórico al que debe su nacimiento la burguesía capitalista, como institución económica promete conducir a resultados inesperados, contrarios a los postulados de la economía liberal. Esta posibilidad es la que desconcierta a los usufructuarios del privilegio. Se puede estar seguros de que estos consentirían de buen grado las ideas federalistas del mismísimo Bakounine (Wilson las ha reeditado con el éxito conocido) a condición de que se les deje la bolsa en paz; pero un sovietismo que se inicia así con la socialización de la tierra, con la abolición de la propiedad privada, con la transferencia forzosa de las fábricas de las minas, de los ferrocarriles y de los otros medios de transportes, eso ni pensarlo!

Con lo cual la burguesía capitalista no solo da pruebas de querer aferrarse a la anarquía reinante en el campo de la producción, sino que incurre en una inconsecuencia evidente. Acepta de mil amores el federalismo político, cuyo objetivo es la libertad, y repudia el federalismo económico cuyo objetivo es el bienestar. ¿Concibe acaso una libertad no condicionada por el bienestar?

Al proceso histórico que preside la nueva civilidad, le es indiferente, o le importa poco, la inútil querrela de los próximos expropiados. Para quienes hemos manifestado amplia simpatía por las formas sociales que advienen, lo importante en el soviet no es tanto su forma actual como los elementos que aportará a la solución del antagonismo entre la libertad y la autoridad, y, por ende al afianzamiento del hombre.

Desde luego conviene advertir, siquiera sea para momentáneo consuelo de aquellos cuyos intereses se saben amenazados, que esos elementos no surgen con claridad ni de la misma institución del soviet ni de los propios actos de la república

rusa. La carta constitutiva de la R. S. F. S. consagra una centralización demasiado fuerte para que satisfaga todas las aspiraciones del nuevo ideal. Que eso se debe a haber sido escrita en pleno ardor revolucionario y con fines circunstanciales, no admite duda; pero no quita verdad a la afirmación.

El soviet es, pues, un paso hacia la nueva organización económica. Es todo un anuncio. Tendrá sindicatos, corporaciones, cooperativas, no lo sabemos aún. Mas no estará a la altura de su misión histórica sino realizar un mínimo de autoridad y un máximo de bienestar y de libertad.

SAUL TABORDA

EL ANARQUISMO EN LA ARGENTINA

Su razón de existencia

El movimiento anarquista es universal en sus manifestaciones tanto como en su doctrina. Igualmente prospera en los países azotados por el tumulto torrencioso de las civilizaciones históricas, como en estos nuestros insurgidos a la vida moderna con la viril pujanza de un imperialismo morbosamente soberbio y optimista.

Las causas que presidieron y acompañan el nacimiento y expansión del anarquismo, considerado como fuerza y movimiento, son también causas de orden universal. Siendo una la civilización en los países Americanos y en el Occidente Europeo, semejantes han de ser, lógicamente, sus manifestaciones vitales, los fraccionamientos colectivos y los fenómenos inherentes a su desarrollo. Europa y América poseen el mismo régimen de propiedad privada, análogas instituciones políticas, idénticas formas de producción y de consumo.

Nada de extraño tiene, por lo contrario, se cumplen las leyes de causa y de efecto, si movimientos de opinión como el anarquismo adquieren simultánea beligerancia en ambos continentes.

Es una superchería o lamentable prueba de ignorancia afirmar el exotismo de fuerzas e ideas funcionales, universales y constructivas como el anarquismo. Si se tratara de sutillar aseguráramos que lo único exótico, extraño al primitivismo americano, es precisamente, el régimen de propiedad que soportamos. Podríamos, en efecto, demostrar, que el alambrado y el

gendarme, el título propietario y la autoridad son manifestaciones extranjeras, plantas exóticas al vivir autoctono de los genuinos y selváticos ascendientes de América. El mojón que divide en predios las pampas y el kepis del polizonte rural odiado por nuestros gauchos, son invenciones que los conquistadores importaron junto con los arcabuces destructores. El estado natural de América es el comunismo en el orden económico y un instintivo y recóndito anarquismo en el orden político.

Hasta se podría aventurar, siguiendo este razonamiento, que la tremenda palabra *Anarquía*, en su acepción de sistema filosófico y organización política, ha sido pronunciada, antes que por el genial Proudhon en el año 1845, por un eminente americano, en tierras americanas y en plena guerra contra la dominación española.

El historiador colombiano V. Gonzalez pone en boca del convencional revolucionario José F. Ribas, delegado al Congreso que habría de proclamar la independencia política de su país, estas flamígeras, ardorosas y graves palabras: «¡Anarquía! Ésa es la libertad... ¡La Anarquía! Cuando los dioses de los débiles, la desconfianza y el pavor la maldicen, yo caigo de rodillas a su presencia. ¡Señores! Que la Anarquía, con la antorcha de las furias en la mano nos guíe al Congreso para que su humo embriague a los facciosos del orden y la sigan por calles y plazas

gritando: ¡Libertad! Para reanimar el Mar Muerto estamos aquí, en la alta montaña de la Demagogia.

Cuando ésta haya destruido lo presente y espectros sangrientos hayan venido por nosotros, sobre el campo labrado por la guerra se alzarán la libertad».

¿No está compendiado en la lírica madeja de esta inspirada arenga, en la oscura trama de este llamado insurrecto, las claras, las científicas, las naturales comprobaciones que forman el block doctrinario del anarquismo?

Historiadores contemporáneos de la Edad Media de la vida argentina, que vivieron y anatematizaron el epopéyico período de la gloriosa montonera, han pronunciado también la temible palabra. De anarquista calificaron al caudillo Dorrego y de anarquismo adjetivaron las audaces concitaciones periodísticas de sus secretarios en contra del centralismo, de la propiedad privada y de la ley. ¿Y no es una sugerente coincidencia que la concepción federalista de las multitudes proletarias argentinas durante el período de las montoneras, sirva hoy como plataforma de organización política al movimiento anarquista, en la Argentina y en todo el mundo?

El anarquismo no es un movimiento exótico, ocasionalmente crecido en la Argentina como un trasplante de regímenes más o menos regresivos. Realmente, el anarquismo es un estado de madurez universal, un natural fenómeno de crecimiento, una orientación social perfectamente programada y del más autonómico federalismo político. Las fuerzas ficticias, como las escuelas personales en el arte, en la literatura y en la ciencia no resisten a la menor reacción de los coeficientes sociales. El anarquismo, en cambio, probando su naturaleza profundamente histórica ha resistido las más revulsivas y trogloditas manifestaciones de la violencia constitucional y democrática. En su contra se han proclamado numerosos estados de sitio, con sus militantes se pletorizaron las cárceles republicanas, impidiendo su avasalladora expansión esencialmente proletaria se coaligaron en multitud de ocasiones todos los partidos reaccionarios o socialistas, y no obstante como el Anteo de la leyenda ha sobrevivido con mayor pujanza y mucho más temible osadía. Ésta es la mejor, la rotunda, la definitiva probanza de que es semilla propia de ésta y de todas las tierras, de que germina bajo todos los ciclos soportando la acción de todos los climas y de que es la más am-

plia, generosa y universal de las geniales manifestaciones de la naturaleza social y del pensamiento humano.

J. M. SUAREZ.

Rosario.

La crisis de la producción

Hace seis años próximamente que los pueblos civilizados del mundo, entraron en un proceso crítico de su historia, denominado crisis de la producción.

La mayor parte del trabajo efectuado en ese período de tiempo, ha sido ageno al patrimonio de la riqueza. Los hombres se han esforzado mucho y han desarrollado enormes caudales de energías, pero lo han hecho para luchar fieramente entre sí, para combatirse con metralla, para asesinarse. Los campos casi no han sido cultivados y las zonas fabriles sufrieron la extraña metamorfosis bélica que les impuso la guerra.

Pocos eran los espíritus que apartando su vista de la espantosa tragedia, fijaran su atención en lo que habría de sobrevenir y menos en los extensos déficits que, como negros y profundos abismos, se iban abriendo en la producción.

La locura arrastraba a las naciones a matarse, como el vendaval arrastra las hojas arrugadas y secas en el pálido otoño. Los quejidos de angustia y de hambre que lanzaban las poblaciones diezmadas, quedaban ahogados por el cañoneo de las batallas. Nadie recogía esos gritos, ni los estudiaba, ni pensaba en sus ulteriores o futuras repercusiones.

Pero llegó el instante en que los ejércitos depusieron las armas y fué entonces cuando pudo distinguirse todo el horror de la realidad. La civilización aplicada y la obra hecha en varias centurias, había sido destruida. Talleres y fábricas estaban cerrados a la producción efectiva o real y los campos no daban las cosechas necesarias para satisfacer las inmediatas necesidades de las muchedumbres enloquecidas y famélicas. Las minas carboníferas no producían en proporciones suficientes, y la escasez de hulla hacía más pavorosa la situación. Entonces fué iniciada una nueva guerra, guerra de clases, de conservaciones y de venganzas; entonces empezó la revolución, ardorosamente deseada y prevista por una minoría de precursores y de videntes. Las instituciones

sociales perdieron su equilibrio, amenazando con desplomarse en absoluto, a medida que el proletariado universal, lucha, acciona, resiste y ofende.

El proletariado es la fuerza nueva que impone a la humanidad gastada por el dolor y por la miseria, renovaciones totales. Ninguna de las clases en que se dividen las sociedades ni ninguno de los grupos en que se divide la humanidad civilizada, excepto el que integra el proletariado, es lo suficientemente capaz para hacer luz en medio del caos, para presentar una solución, para perfilar orientaciones, de acuerdo con el espíritu del siglo y con las infinitas necesidades de la época. El papel de la burguesía ha concluido, en la misma encrucijada que le depararan sus propios egoísmos. Sus sociólogos, sus economistas, sus hombres de gobierno, sus profesores, sus intelectuales, en fin, encuéntrase realmente desorientados. Los problemas que tienen ante sus pupilas, llenas de asombro, son universalmente superiores a su inteligencia, perdida o sumergida en un océano de fórmulas estériles.

El patrimonio de la riqueza no pueden reponerlo ellos, por mucho que hagan, tanteen y proyecten, tanto menos, teniendo en su contra la acción inequívoca del proletariado que establece como fórmula de salvación y de regeneración, el trabajo para todos los hombres y la igualdad económica fundamentada en la socialización de los medios productores. Y esto que propone el proletariado con sus huelgas, con sus descatos, con sus exigencias y con sus insubordinaciones, es la revolución, la libertadora revolución, a la que hay que someterse por espíritu de equidad y hasta por la idea irreductible de desarrollar en la tierra una civilización nueva.

La fuerza poderosa y virgen radica en las clases del trabajo, y ahora que esa fuerza es incontenible, como un torbellino, los hombres de corazón, los generosos, los inteligentes, deben sumarse a ella para que la transformación social a que asistimos, se realice rodeada de más luz, con más inteligencia y con más eficacia.

En los actuales sistemas de la burguesía, la crisis de la producción no es posible conjurarla. La única que puede llegar a tanto, es la revolución, la que antes que dejarla librada a sus propias manifestaciones disolutorias, los hombres de buena voluntad, vengan de donde vengan y llámense como se llamen, debemos estudiarla en su positivo sentido de realidad y en su sentido de historia.

JOSÉ TORRALVO.

LA SUPERSTICION DEL ORDEN

No tenemos el prejuicio del orden. Con lo cual no estamos con los burgueses ni con los otros. Siempre han coexistido el desorden y el orden. Habiendo prestado el primero mayor beneficio a la humanidad. En cambio la razón, la libertad y el progreso no han dejado quieto al segundo hasta desacreditarlo definitivamente.

Desde Prometeo hasta nosotros, quienes han estado en tono con los tiempos pretendieron siempre llegar al bien por el desorden. Este es su significado histórico.

Todos los tiranos, en todas las épocas, han tenido costales de orden para justificar sus crímenes.

Un puñado de desorden ha bastado siempre para disputar hondamente la posesión y el aumento de libertad.

En nombre del orden, Cristo y Spartacus fueron muertos. En nombre del orden, gobernaron los monarcas más absolutos y gobierna hoy la burguesía internacional. También invocándolo los bolcheviques, aprovechan el inmenso sacrificio de la revolución rusa implantando un socialismo que, si no cambia, será una camisa de fuerza puesta al hombre libre.

A la sombra del desorden se perfeccionan las instituciones ya que su condición es futurista y cambiante eterno.

Alterar «el orden de cosas» es una virtud. Los conservadores de todos los países y de todo género están con el orden en todos los tiempos. Siguen su tradición y tienen una superstición acabada por él. Ignoran que si se concretara dejaría de existir. Alguien ha dicho «el desorden es el orden en libertad». ¿Cómo, pues, los amigos de la libertad pueden ser partidarios del orden? Por esto mismo, los únicos verdaderamente revolucionarios, son aquellos eternos amantes del desorden. Por esto los libertarios en Rusia hicieron las revoluciones de Febrero y Octubre, y cuando la libertad popular se transformó en orden bolchevique o maximalista, ellos, futuristas siempre, emprendieron la batalla de nuevo.

Hoy cualquier burgués, almacenero, chanchero, acaparador o delincuente no tiene más palabras que «el orden».

Pobre orden, está tan desacreditado!!

CANCOLUNEARVO.

Queremos fundar una sociedad en la que los derechos se basen meramente en el trabajo. — R. de Maestu.

Al Obrero

*Hermano ya es la hora! hermano ya es la hora!
No llega a tus oídos la voz de la campana
Que anuncia a los humanos una alegre mañana.
Hermano ya es la hora! ; hermano ya es la hora!*

*Levántate sereno, llama a la compañera
De tu dolor, llama a tus hijos y marcha, marcha
Hambriento, helado, sin abrigo por la escarcha;
Apura que a lo lejos te espera tu bandera.*

*Obrero, labrador que en las campiñas lejanas
Dejas con el rocío de vuestra frente el grano
Que fecundado en fruto ha de surgir lozano
Para ser el pan nuestro de todas las mañanas.*

*Las tierras ya labradas, las bestias y la azada
Conque mataste el bosque, los granos y el arado
Conque dejaste el surco florido y perfumado
Son tuyos y de todos los que no tienen nada.*

*Obrero del taller y la mina; prisionero
Forjador de metales, pulidor del diamante
Que otros buscan usanos en un lecho distante
Para ser en el pecho de una joven, lucero.*

*Las joyas, los navíos que surcan por los mares,
La fábrica: la tumba donde dejas tu vida
Son tuyos y de toda la gente dolorida;
Son de todos aquellos que viven sin lugares.*

*Obrero fabricante del pan y los tejidos,
Constructor de mansiones, conductor de señores
A lugares lejanos a matar sus dolores
Y la vida de hastio que los lleva vencidos.*

*Obrero, los tejidos, los trenes, las mansiones,
El pan que nuestros brazos de Cíclope elaboran
Son tuyos y de todos los que sufren y lloran;
Son tuyos y de todas esas tristes legiones.*

*Obrero que mendigas lugar para tus manos
Callosas y potentes en la labor humana
Y te lo niegan; marcha, camina que mañana
Habrá pan para todos y seremos hermanos.*

*Hermano ya es la hora! ; hermano ya es la hora!
No llega a tus oídos la voz de la campana
Que anuncia a los humanos una alegre mañana.
Hermano ya es la hora! ; hermano ya es la hora!*

EUGENIO PARAJÓN ORTIZ

Abril 1920.

Contenido espiritual de la violencia

La potencia extraordinaria está en la idea.

De las antiguas revoluciones se deriva el valor moral de la fuerza burguesa, sustentadora coercitiva del Estado autoritario. En los actuales y futuros movimientos de reivindicación sedimentanse las bases morales de la violencia proletaria, generada en la justicia, por la participación del hombre en la comunidad sin conexión obligada por leyes exteriores.

« Fuerza es que en todo momento — dice Chesterton — haya un bien abstracto y un mal abstracto para que se pueda recurrir a la dinamita; sin un principio fundamental y eterno ninguna cosa súbita puede suceder. Un ideal fijo, habitual es condición para toda clase de revoluciones».

Llegamos a un momento mundial en el cual concretase el mal en la organización política y económica de la sociedad capitalista, surgiendo esta afirmación: el proletariado universal, habiendo adquirido, capacidad moral, beligerancia histórica, es la única fuerza capaz de cambiar fundamentalmente las condiciones del mundo.

La edad contemporánea se rebalsa con el contenido de la lucha entre la fuerza burguesa y la naciente violencia proletaria. Todo el siglo XIX fué empleado en la preparación y agilización de una fuerza, descuidada hasta entonces, que maduraría, para el combate, en el primer cuarto del siglo XX. El fin de la lucha apunta claramente en nuestros días.

Significado histórico de la violencia organizada

La fuerza es una condición de todas las realidades históricas. — R. MAEZTU.

Nadie que conozca la evolución de las sociedades humanas puede negar la función importantísima desempeñada por la violencia en las mutuas relaciones individuales o colectivas. De ella sirvióse la Iglesia católica, cuando era la más fuerte, tanto para imponer su credo, cuanto para conservar la esclavitud. Las monarquías solo renunciaron a su uso y abuso cuando fueron vencidos por los principios impuestos por las revoluciones burguesas. El

pueblo francés, para cambiar de régimen hubo de llevar a cabo los movimientos emancipadores de 89-93 y 1848.

Cuando los españoles llegaron a América la espada fué la razón y la conquista el derecho. Las colonias Hispano-Sajonas para convertirse en repúblicas y repúblicas oligárquicas, cometieron las violencias de la Independencia.

Los caudillos romanos hacíanse propietarios solo a la cabeza de sus legiones. En nuestros días, muchos tratadistas originales, colocan el origen de la propiedad en el robo y su actual supervivencia en la usurpación, método de fuerza, protegida por códigos y leyes fundamentados a su vez en usurpaciones anteriores.

Para saber quiénes poseían el derecho y a que grupo pertenecía la razón, aliados e imperios centrales recurrieron a principios de violencia. Pero resultó que los dos bandos, únicamente, poseían la fuerza. Alemania pisoteó a Bélgica en nombre del derecho grabado en sus cañones. Los aliados, en nombre del mismo dios, pero con la ayuda de la fuerza, la derrotaron.

Carlos Marx, cuyos errores fueron muchos, tuvo una clara visión del asunto, en el Capital dice: « Hay el régimen de la violencia que desempeña muy importante cometido en la historia y que reviste muchas formas diversas: Muy abajo existe una violencia dispersa que se parece a la competencia vital: obra por medio de las condiciones económicas y produce una expropiación lenta y segura: tal violencia se declara con la ayuda de los regímenes fiscales. Viene en seguida la fuerza del Estado concentrada y organizada que actúa directamente sobre el trabajo, para regular el salario: es decir para deprimirle hasta el nivel oportuno para acrecentar la jornada de trabajo y retener al trabajador en el grado de dependencia que se quiere, este es un momento esencial de la acumulación primitiva. Los varios modos de acumulación primitiva que hace germinar la era capitalista se distribuyen primeramente y por orden más o menos cronológico entre Portugal, España, Francia é Inglaterra hasta que esta última los combina todos, en el último tercio del siglo XVII, en un con-

junto sistemático, que abarca a la vez, el régimen colonial el crédito público, la hacienda moderna y el sistema proteccionista. Algunos de estos métodos estriban en el empleo de la fuerza bruta: pero todos sin excepción explotan el poder del estado, la fuerza reconcentrada y organizada de la sociedad, a fin de acelerar violentamente el tránsito desde el orden económico feudal hasta el orden capitalista y abreviar los fases de transición».

Entonces la constitución social burguesa que parece tan lógica es el resultado de grandes transformaciones «que hubieran podido no producirse y cuya combinación conservaría su inestabilidad característica pues aquello que engendró la fuerza, la fuerza puede destruirlo» dice, J. Sorel.

La burguesía, aunque tengamos el derecho, la razón y la justicia de nuestra parte, no nos ha de conceder nada absolutamente, por las buenas, (ha perdido el sentido del equilibrio social), pero lamentarse hacer peticiones no conviene más que a los mendigos. ¿Cabe pensar que solo renunciaría a la violencia legal cuando apunte claramente una civilización sindicalista? No. En muchos casos la razón del más fuerte es siempre la mejor. Hoy el más fuerte es el pueblo, su deseo colectivo. La burguesía aún se encuentra en el poder porque tiene la fuerza al servicio de su inteligencia, ha sabido engañar clara y convencionalmente a las masas, de acuerdo con sus criados los intelectuales, enemigos teóricos de la violencia aunque prácticamente su poder se fundamente en ella.

Frente a las bondades del mundo capitalista los pueblos no pueden oponer más que la violencia. Toda transformación del régimen social es imposible por medios legales. Sin embargo pocos exceptuando los revolucionarios sacan lógicas consecuencias de las lecciones del pasado, la consideran como un factor despreciable sin contenido histórico y valor ético, a pesar de copiosísimos argumentos.

Hasta nuestra época la acción directa gobierna la historia. En nuestro medio el derecho está supeditado y puesto al servicio de la fuerza burguesa. Únicamente nuestros ideales tendrán fuerza para crear un derecho totalmente nuevo, y ponerlo al servicio de un humanismo más avanzado que el del derecho histórico.

La violencia como factor

«Mucho habrá pecado la guillotina, pero hagámonle justicia, nunca ha sido evolucionista. La mejor respuesta contra el argumento evolucionista es el hacha. Cuando el evolucionista pregunta: «¿Dónde has trazado la línea?» El revolucionario contesta: aquí, precisamente en el punto divisorio de tu cabeza y tu tronco». — CHESTERTON.

Hay toda una clase de «hombres honrados» que rechazan horrorizados la violencia, aún de palabra, pero que no vacilan en justificar las más terribles matanzas.

¿Vosotros creéis que la clase poseedora vaya a decirnos: «Trabajadores: tomad posesión de las fábricas, ferrocarriles, tierras y minas. La riqueza, patrimonio universal, por derecho os pertenece. Fundemos una sociedad en la cual los derechos se basen en el trabajo, para ser pacíficos y libres?» Cuando pidáis tierra libre, socialización de industrias, se os contestará con bayonetas, ametralladoras y caballería. Tienen mucha razón, sería locura sostener lo contrario, defienden sus posesiones conquistadas. Razón también tienen los trabajadores en defender sus nuevas aspiraciones. Ilógico resultaría pensar que ha de hacerse esto con palabras. Fuerza es recurrir a los mismos procedimientos ya que no se han inventado nuevos.

Así como consideramos pernicioso — dice Forcat — la violencia como sistema en cuanto es indispensable en la lucha entre las tendencias. Llega un momento en que la fuerza es la llamada a decidir. Un nuevo derecho el de los productores, se encuentra frente al derecho burgués, histórico y en «igualdad de derechos decide la fuerza». Se trata del concepto de la fuerza en su acepción material, en el uso de la violencia contra los hombres que se obstinan en imponer errores e injusticias que ellos consideran derechos sagrados como el de la propiedad. «Se diría pues que la fuerza tiene por objeto imponer la organización de cierto orden social donde gobierna una minoría en tanto que la violencia tiende a destruir ese orden. La burguesía empleó la fuerza desde los albores de los tiempos modernos mientras que el proletariado reacciona a la presente por la violencia contra ella y contra el Estado» mantiene Sorel.

Si la violencia como factor fuera una quimera, porqué la burguesía, muchos socialistas (1), gobiernos y leyes se dedican exclusivamente a combatirla? No es utópica. Es categoría humana, substancia dinámica, la cual debe tomarse como conjunto indiviso y no criticarla en detalles.

(1) Los socialistas-legalitarios, son enemigos de la acción directa, porque ésta hace desertar los obreros del campo electoral y disminuir las probabilidades de los candidatos.

Valor ético de la violencia

Para justificar el alcance y significado de la idea de violencia no podemos colocarnos en un punto de vista burgués sino en otro revolucionario; desde el cual resulta un imperativo la solución catastrófica del problema social. Hoy ninguno de los grandes y honrados espíritus de Europa dejan de identificarse con esta manera de pensar.

Firmes en nuestro alto pensamiento creemos que, «la violencia es indispensable para conquistar un valor humano exigido en nombre del deber, entonces la violencia es una exigencia de honor, es un valor ético». Nadie discute, ni aún los Códigos, su valor ético cuando individualmente la empleamos para garantizar nuestras vidas. Nadie tampoco puede negar su alto significado moral, cuando individual o gregariamente la usamos para garantizar nuestra libertad contra los ataques de la fuerza estatal.

Socialmente su valor es nuevo en consonancia también con los nuevos tiempos.

Los hechos de conciencia colectiva que hoy mueven al mundo establecen una identidad entre violencia y justicia.

Entre violencia revolucionaria y coacción estatal hay oposición y diferencia definitiva, sin lugar para posiciones intermedias. No hay comparación ni igualdad entre la violencia salvaje de un Estado practicada por el poder para mantenerse en equilibrio inestable y la violencia cuyo rol es la fuerza al servicio de la Justicia y la Humanidad.

«Cuando no gusta contentarse con la candidez vulgar se advierte que nuestro juicio sobre la desaparición de la violencia depende más que de principios éticos, de una importantísima transformación habida en el mundo del crimen, según un filósofo francés.

Muchas veces la razón ética de la obediencia es la violencia.

El proletariado y la violencia

En la historia de los movimientos libertarios, huelgas generales, la acción directa representa para las masas el mismo papel que la hipótesis en ciencia.

Qué frutos dió la violencia? Dió a las masas en constantes movimientos subversivos, a través del pasado siglo, la solidaridad más admirable y los sentimientos más motrices y profundos de la vida. La justa medida del valor en las prácticas de los

hechos insurgentes. Habiéndose agilizado los sindicatos y sociedades de resistencia en el ejercicio de la lucha, el proletariado adquirió nuevos conceptos de honor y derecho (2). Esto solo sería suficiente para estimar a la violencia como factor decisivo de progreso.

Los trabajadores han encontrado su espíritu en la lucha contra la fuerza burguesa y por arriba de la solidaridad, apoyo mutuo, hay un «alma mater» sublime: la huelga general revolucionaria, cuyo triunfo implicaría, para cualquier nación, un progreso de tanta importancia como el efectuado por Rusia en su salto del zarismo a la República Socialista. Para los laboradores la huelga general revolucionaria es el significado de la violencia. Tratando este mismo punto un autor dice: «La guerra social para la que no deja de percibirse el proletariado en los Sindicatos puede engendrar los elementos de una civilización nueva a propósito para un pueblo de productores».

Tal filosofía se halla fuertemente unida a la apología de la violencia.

«En las huelgas es donde afirma el proletariado su existencia». La huelga es un fenómeno de guerra, constituye pues enorme embuste afirmar que la violencia resulta un accidente llamado a desaparecer de las huelgas.

Todas las conquistas, relativas, (de mejoras económicas, disminución de horas de jornada, obtención de malas leyes protectoras) han sido debidas al miedo de los gobiernos inspirados por la violencia de los de abajo. Reformas hechas para remediar lo irremediable.

El proletariado ha condensado sus ideales en la violencia, por esto en toda huelga general ve llegada la hora! Encuentra en ella una noción segura y definitiva para mejorar su suerte, el arma eficaz en la guerra social.

El sindicalismo y anarquismo — que dominan el futuro del mundo — productos avanzados de la inteligencia superior de los pueblos, buscando en la acción subversiva el medio para un cambio social, han hecho de la violencia su bandera de combate.

J. LAZARTE.

(2) Ya Eugenio D'Ors—filósofo español—habló en la Real Academia de Jurisprudencia: De la Posibilidad de una civilización sindicalista.

Noticias Argentinas

Los diarios que monopolizan el cuarto poder, tendrán pocos artículos originales, escasas ilustraciones, muchos errores de de sintaxis, pero lo que es material telegráfico lo tienen notable.

Un personaje, verbigracia un canciller, visita un país amigo de Europa; enseguida sabemos que dijo y que comió. Si la reina madre de España, Doña María Cristina (que Dios guarde) cae y se rompe la jeta, telegráficamente nos comunican cuantas puntadas fueron necesarias para restaurar la noble faz de la augusta dama. Si algún reaccionario habla de orden, de trabajo, enseguida nos enteran con puntos y comas. Si en Rusia las bandas de chinos venden carne humana putrefacta, nos consta cuantos rublos vale el kilo. Los habitantes de esta tierra no tenemos sino que felicitarnos por el valor informativo de nuestros grandes órganos de publicidad.

Hay una sección que leemos siempre con marcado interés. Es una sección telegráfica que viene encajada habitualmente entre rumores de crisis de gabinete español y la cotización del cerdo en los mercados de Chicago. Es la de «Noticias argentinas».

Durante la guerra, nuestros rastacueros huyeron de Europa y esa rúbrica figuró pocas veces en ese tiempo.

Pero ahora que la paz se ha restablecido vuelve a cobrar toda su importancia. Las noticias son estupendas. P. ej. el señor fulano de tal ha salido de París para Niza. El señor mengano de cual, ha llegado a París y se aloja en el Hotel X. Otro está en Londres. El de más allá reabre su palacete de los boulevares. La hijita del matrimonio X. se ha enfermado. Se empachó por haber comido masas fabricadas con aserrín y huevos podridos. Allá como acá, como en todas partes, se cuecen habas. Sabemos que tendrá lugar una consulta entre los especialistas más famosos. A los dos días nos comunican que la enferma falleció a consecuencia de una operación. Bien por la ciencia. Pronto, seguramente, otro telegrama nos informará que los padres han resuelto que la putrefacción iniciada en París se termine en el más aristocrático de los cementerios: en la Recoleta. Nos cablegrafían el nombre del buque que trasportará el cadáver.

Hay noticias tan interesantes como estas. El señor N. ha comprado una vaca

lechera que ha obtenido los primeros premios en las exposiciones de Inglaterra; o sino, que el mismo pronto remitirá un carnero fenomenal, campeón de campeones. Para no ser menos, otro argentino progresista lanza la extraordinaria idea de la fundación de un frigorífico franco-argentino.

Pero indudablemente lo que más hace destacar a los argentinos en Europa, son los banquetes. Ayer hemos leído en todos los diarios que una Doña ha ofrecido en París un suntuoso banquete al que asistieron las personalidades más descolantes de la colonia argentina. Hemos notado que ya no se dice Señora de tal, sino Doña de tal. Eso les resulta más distinguido, más chic, tiene nobleza, castidad. Lástima que no se le pueda hacer seguir con algún título de relumbrón! Quedaría mejor para la Doña fulana: de tal tener además el título de marquesa o de duquesa. Dejemos constancia de que algunas chicas argentinas muy ricas han comenzado a casarse con nobles destronados de Europa. Y que luego vienen aquí y hacen rabiarse a sus amigas presentándoles cada marqués y cada conde que dan fiebre. Se hace lo que se puede y lo que se debe.

Las noticias argentinas! Qué trágico nos resulta todo esto!

Para que esa parasitaria cohorte de zánganos se banquetee y viaje por Europa, es necesario que el colono suelde brutalmente sobre la tierra. Es necesario que el peón criollo de la estancia continúe siendo el bestia fiel e ignorante que cuida los ganados del Señor. Es necesario que los esclavos de los ingenios del Norte se deshagan, se aniquilen entre la labor penosa y la alcoholización. Es necesario que el infeliz habitante de la ciudad se amargue la existencia para pagar alquileres extorsivos. Es necesario toda la infamia de la vida actual para que Doña fulana de taleructe después de una comida copiosa en París. Es necesario que no nos sintamos avergonzados de que se nos conozca de tan mala suerte. Y sin embargo!

Hubo y los hay argentinos en Europa. Bregan por un ideal, persiguen la quimera del arte, buscan las verdades de la ciencia, pero de ellos no sabemos nada. Apenas si alguno, audáz y pillo, disfrazando su viaje reclamístico bajo la faz humanitaria, regresa con una cruz de honor. Pero estos pertenecen al grupo; merecen telegramas y entrevista. Los badulaques los aplauden y los envidian.

Nosotros pensamos en aquellos argentinos que luchan por su ideal y se deba-

ten entre la miseria y la pobreza. Son éstos, los desconocidos para los diarios, aquellos que transmutan los valores, aquellos que fijan rumbos y no los que compran vacas lecheras o hacen traer su cadáver a la patria, los que interesan. Son de los nuestros. Sueñan en la cristalización de los altos ideales de la humanidad. Acosados por el hambre, despreciados por la gente del orden, expuestos a todas las contingencias más desagradables, no ocupan con sus nombres las columnas de los diarios, Viven obscuramente. Pero son ellos, los parias, los que saben penetrar el alma noble y profunda de la vieja Europa, de la maestra. Siempre los esperamos con los brazos abiertos. Con ellos se apresurará el día en que el valor intrínseco de una obra de arte, la fertilidad de un pensamiento, la realización de un postulado científico, signifique algo más que el pedigree de un carnero, por más campeón que sea.

LUIS MONART

192.748 c. c.

El prestigio de «La Nación» es ya remoto. En nuestro país joven una institución que festeja su 50.º aniversario, es una institución casi ancestral, respetable, tradicional. La Liga Patriótica Argentina, de la que ese diario es el portavoz más autorizado, ama el coloso, no solo porque le presta sus columnas, desde las que vomita sus improperios, sino por todo lo que tiene de tradicional.

El prestigio de «La Nación» tuvo su origen en él del general Bartolomé Mitre, personaje famoso que dió a la ciudad de Buenos Aires uno de sus rasgos más pintorescos y característicos: su gran chambergo, que ha servido de reclame para una de las fábricas de galletitas más importantes de la república. Mitre ha sido un gran personaje, no cabe duda. Inútilmente Vélez Sársfield quiso satirizarlo — al comentar uno de sus libros — con aquella célebre frase: «la historia de un zongo escrita por otro zongo». Inútilmente otro espíritu mordaz quiso disminuirlo con aquella definición tan sonada: «Mitre es un gran general entre los literatos y un gran literato entre los generales».

La figura del «patricio» continuó siendo gigantesca. El mismo creyó ser un hombre superior, un ser extraordinario. En

efecto, en la portada de su infame traducción de la «Divina Comedia», no tuvo reparo en poner, al lado del de Dante, su propio retrato. El general se sentía Dante.

Es una ley biológica casi universal que los grandes hombres tengan hijos que resultan grandes cretinos, ley curiosa que nos interesa explicar. Nosotros, a fuer de buenos argentinos amantes de las glorias patrias, no ponemos en duda la personalidad de Mitre; no nos sentimos capaces de críticas tan fuertes como la de Vélez Sársfield, y admitimos que Mitre fué un gran hombre.

Y la ley biológica? Lo sentimos por los hijos del prócer, pero los dictámenes de la ciencia son soberanos.

Todos los descendientes del general han piculeado siempre a base de recuerdos y «La Nación» por reflejo ganó prestigio con los prestigios del nombre de su ilustre fundador y propietario.

En este mismo número de la revista, nuestro amigo William J. Robinson, juzga como es debido un gran diario de Nueva York. Todos los adjetivos que le propina son perfectamente aplicables a «La Nación». No sabemos cuál de los dos diarios es más canalla; no leemos felizmente el «New York Times»; para emporcarnos nos sobra con «La Nación». Desde luego, le aplicamos los mismos conceptos.

«La Nación», desde un tiempo a esta parte, demuestra un afán inmoderado por el vil metal. Le da rabia que los avisos de «La Prensa» se paguen más caros y sean más numerosos que los propios. Quiere ser el más grande, el único. El diario Kolosal.

No para mientes en los medios. Lo mismo le da alabar el propietario de un frigorífico, que la caridad de una dama o la tenacidad con que la policía persigue a los libertarios. Lo que quiere es la moneda.

Su actual ilustre director, digno portador del apellido de los Mitre, realizó vez pasada un gran viaje en los Estados Unidos y Europa. Los corresponsales de «La Nación», diariamente nos comunicaban por telégrafo el nombre de las ciudades que visitaba; las fiestas a que asistía; la lista de los adherentes a los banquetes con que le obsequiaban. Supimos así que asistieron, entre otros personajes, los muy distinguidos misters Smith, Thomson, Brown, los señores Pérez, Fernández, González, los monsieurs Dupont, Dumont, Duval, etc., etc. No sabemos qué género de actividades desplegó el sujeto en cuestión, ni nos importa por otra parte, pero

lo cierto es que a su regreso el diario sufrió una gran transformación.

Antes «La Nación», insultaba al buen sentido, a la nobleza, a la bondad, pero respetaba el castellano. Está probado, que de todos nuestros grandes rotativos, el que cometía menos errores de gramática era «La Nación», mérito que nuestros intelectuales tenían muy en cuenta. Pero, desde el regreso de Mitre, las cosas han cambiado y hoy «La Nación» es el diario peor escrito del país. Hacemos gracia de las innovaciones en su compaginación que huelen a diarios de Chicago y a magazines de New York; resulta un rompecabezas coordinar los telegramas para el lector incauto e inexperto. Dejamos constancia de las agresiones diarias que el coloso infiere al idioma castellano.

Cristalizando su furioso amor hacia los Estados Unidos y a todo lo que huele a Yes, «La Nación» saca ahora un bodrio. Se llama la «Revista del Mundo». Confesamos no haberla leído: no faltaba más! Lo que sí, hemos leído con atención los reclames del Diario. Son despampanantes.

Hasta ahora los directores de una revista pretendían prestigiarla, lanzarla, como se dice en la jerga periodística, dándonos la lista de sus colaboradores, exteriorizando ideas, haciendo resaltar sus ideales. Aunque fuera una farsa, por lo menos se disimulaba el negocio bajo su faz más repugnante. Se hablaba de arte, de ciencia, de orientaciones y demás. Pero «La Nación» es un gran diario. Considera que todas esas cosas son pamplinas y va al grano brutalmente, sin ambages. Firmas? ideas, para qué?

Y estampa en caracteres visibilísimos una cifra simbólica: 192,748 c. c. Para el que no lo sepa, esos son centímetros cuadrados de anuncios.

Y así, con esa reclame innoble, repulsiva, abyecta, «La Nación» lanza impudicamente una revista desde cuyas columnas, en un castellano inglesado, malandrines y follones sin conciencia despoticen a mansalva y contribuyen a ensuciar el ambiente ya de por sí tan poco elevado. No tenemos más que una palabra para sellar tanta miseria espiritual: es la de Cambronne.

CARRANZA.

La dignificación de los trabajadores ha sido obra en nuestros días de su espíritu revolucionario. La ética del proletariado dimana de sus aspiraciones revolucionarias, a las que en gran parte debe el vigor y realzamiento suyo. La idea de revolución es la que ha redimido de su bajeza al proletariado. — *Sorel*.

El New York Times. La Caridad y la Eugenesia

Es un hecho bien conocido que los rateros, los jugadores de profesión, las prostitutas, etc. son gente muy caritativa. Rara vez rehusan su ayuda y su limosna a un pordiosero o a un mendigo. Las principales razones de su gran espíritu caritativo, son dos: primero que ellos por regla general son de muy buen carácter y de corazón noble, y en segundo lugar, que siendo religiosos y supersticiosos, esperan redimir algunos de sus pecados haciendo el bien a los pobres.

El New York Times es uno de los más criminales de nuestros diarios. Absolutamente sin conciencia y sin escrúpulos, ese diario sostiene todo lo que es malo y va en contra de todo lo que es bueno. Durante los últimos cinco años demostró una crueldad y una falta de piedad que no ha sido igualada por ningún otro diario del Mundo. Abogó siempre por el estrangulamiento de la prensa libre y de la libertad de palabra; glorificó el rufianismo y la brutalidad; excitó los odios de raza y los odios internacionales; echó espumarajos de su boca infecta cada vez que se trató de establecer una paz real en el Mundo y acabar con el crimen extraordinario de matar por hambre a millones de ancianos, niños y mujeres. En suma, los crímenes del New York Times son innumerables; no se pueden computar.

Pero una vez al año, antes de las fiestas de Navidad y de Año Nuevo, los multimillonarios propietarios del New York Times, tratan de expiar sus enormes pecados de prevaricación deliberada, de falseamiento y de ocultación de la verdad, con un pequeño gesto de caridad. Bien entendido que esa caridad, esa miserable pequeña caridad, no perjudica en lo más mínimo sus bolsillos. Una vez por año ellos imprimen un llamado al público con un gran título: Nuestros cien más necesitados casos». Se encargan de recoger de los datos las diversas sociedades de caridad y de beneficencia que apestan a Nueva York. Esa lista de casos, constituye un texto con el cual se podría fácilmente escribir un libro que demostraría hasta la evidencia la brutalidad y, lo que es peor, la estupidez de nuestro sistema social. Pero esto nos llevaría demasiado lejos.

Sin embargo, deseamos examinar ligeramente una faz del asunto. Recorriendo esa lista de casos, queda comprobado sin temor de contradicciones, que, los muchos

hijos, la ignorancia de los métodos para controlar los nacimientos, es la causa mayor de la gran miseria de las clases sociales pobres. Muchos de esos cien casos desgraciados de Nueva York — los que representan nada más que una fracción de familias miserables que necesitan de la caridad — no la hubieran necesitado para nada si los padres hubieran conocido los medios de limitar el nacimiento de tantos hijos. Las sociedades de beneficencia y de caridad actuarían mucho más sabiamente, mucho más humanamente, si en vez de tratar de curar la miseria después que ha realizado su obra repugnante, emplearan sus esfuerzos para prevenirla.

Los señores se ahorrarian miles y miles de dollars. (Este argumento del dinero es siempre el más fuerte cuando se trata de nuestros caritativos ciudadanos y de los diarios mercenarios) si en vez de alimentar por un momento niños enfermos y deshechos, enviaran enfermeras para enseñar a las pobres madres los preventivos y los medios necesarios para evitar que tantos y tantos chicos desgraciados y superfluos vengan al Mundo.

Pero el New York Times pondría el grito en el cielo si las grandes verdades de la Eugenesia se divulgaran y se practicasen. El New York Times no tiene conciencia ni moralidad. Prefiere invocar los sentimientos caritativos de aquellos para quienes la Navidad será feliz y pedir socorro para sus cien casos más necesitados.

Para muestra, he aquí uno:

Caso 1.º: Niños que esperan la muerte del padre

Esta familia está constituida por siete niños. La mayor tiene trece años, el menor uno. El padre está muriéndose tuberculoso en la pieza. La madre está en la cocina; acaba de volver del Hospital y de la debilidad se desmaya a cada momento. La niña mayor, Anita, llena siete tazas de té, de un té muy debil. Corta un pedacito de pan para cada uno. La cena de los niños es esa, nada más.

Los niños se acuestan y son despertados a menudo por la tos del padre que está muriendo. Es necesario que nuestros caritativos lectores aseguren comida y ropa para este año. Así los niños serán menos desgraciados.

Como éstos los demás. No los comentemos.

WILLIAM J. ROBINSON.

New York Enero 1920.

¿Hasta cuando?

El estado actual social es insostenible. Vivir el presente y no protestar es vivir animalmente. Vivir el presente y propagar la renovación, la destrucción total de lo que no sirve, es digno. Vosotros obreros estais llamados a efectuar el cambio.

Es necesario construir una nueva Humanidad donde no existan ni siervos ni pastores, ni explotados ni explotadores, donde todos gocen de un bienestar general según sus necesidades, donde la Libertad, Justicia y Amor, dejen de ser mitos para convertirse en realidad.

Proletarios: la época de la política ha muerto.

¿Qué derechos invocan esos políticos que como semi-dioses os pintan y prometen un sin fin de dicha y nada cumplen? ¿Han llevado a la práctica alguna vez esos mercaderes de conciencias sus mil veces repetidas promesas?

Centenares de años de ensayos político-sociales no han fructificado nada, sólo han servido para entorpecer la marcha inevitable del ideal libertario.

La política ha fracasado pese a los ingenuos que todavía creen en ella.

Vuestro malestar, el de ayer como el de hoy es el mismo.

El hombre-político es un esclavo porque política significa esclavitud.

¡No seais más borregos de esos pillos bien vestidos, de esa chusma de levita!

El hombre no necesita que nadie lo gobierne.

Cada uno debe gobernarse a sí mismo, ya lo dijo Pi y Margall: «El hombre es para sí su realidad, su derecho, su mundo, su fin, su dios, su todo... el hombre es soberano, todo los hombres son ingobernables, todo poder es un absurdo, todo hombre que extiende la mano sobre otro hombre es un tirano, es un sacrílego».

Y bien compañeros, ante los sucesos mundiales, ante el despertar del proletariado mundial, sólo la rebeldía debe reinar en todos los espíritus. Sí, la rebeldía, ese don divino que es signo de amor, de verdad.

El hombre que no es rebelde no es hombre. La rebeldía es innata en el individuo, sólo el ambiente con sus factores embrutecedores — la educación principalmente — acaban por hacerla desaparecer esclavizando al hombre.

¿No os dáis cuenta buenos obreros

que habeis sido engañados una y mil veces?

¿Hasta cuándo soportaréis el engaño?

Desterrad para siempre la política!

No sigais siendo los esclavos, las ovejas de esa comparsa de inmorales.

Trabajadores: la sed de libertad os invita a tomarla.

Atenta vuestra mirada hacia la Rusia revolucionaria, a esa Rusia heroica que ha hecho de la libertad una realidad.

La aurora roja se cierne por todas partes.

Ya se oyen los gritos de vuestros hermanos que os invitan a compartir la libertad que ellos han tomado, porque como dice el gran Gorki: «La libertad no se pide, se toma».

A la lucha pues entonces. Pero para ir a la lucha es necesario prepararse, es necesario formar la conciencia revolucionaria, ya que la única salvación de vosotros está en la R. S.

En la unión de todos está la victoria.

Hay que trabajar. Cada uno debe convertirse en un propagandista de los ideales libertarios.

Ruda será la tarea pero al fin saldremos victoriosos. En manos de vosotros está vuestra misma liberación.

Esta Humanidad agoniza, muere.

¿Hasta cuándo soportaréis el peso del estado actual estando en vosotros el hacer otro nuevo?

Repitamos lo que dice Pío Baroja: «Si las patrias y los templos se derrumban, no lloremos sobre ellos, pensemos que se levantarán otros mejores, que al fin y al cabo, la patria del hombre es el mundo y el mejor templo la naturaleza».

MIGUEL BRÜGGER.

LA GORDURA

La gordura significa ausencia de sentimientos elevados. Significa además, sobrealimentación cochina y desdolorosa. Tolstoi, aseguraba que la humanidad comía 4 veces más de lo necesario. (Para emitir esta opinión no consultó el estómago del pueblo). Todos los higienistas afirman lo mismo, a excepción del doctor Trabucatti que come 2 veces más que un jabalí y pesa 100 kilos como cualquier elefante. El doctor Trabucatti se halla en condiciones fisiológicas de montar una fiambrería.

Un compañero nuestro dice que no se nace barrigón, sino que a fuerza de tragar sin mesura, el estómago se dilata y la barriga cobra morbideces espantables para quienes poseen el gusto estético, científicamente educado.

El gordo es un clavo biológico, una hipoteca social. Tiene, a Dios gracias y a las toxinas, un castigo natural en su gordura. La gordura es una especie de cárcel donde los venenos del cuerpo me lo muelen o palos. ¡Lindo! ¡Muy lindo! Porque, el gordo, nos resulta un sujeto insolente, sobre todo cuando le vemos pasear impune y triunfalmente su abdomen y su arroba de tocino que por lo regular se le escapa por el cogote.

En los días calurosos suda y resopla que da gusto. El mundo, se le transforma en una cámara turca, un equívoco recalcitrante. Nosotros experimentamos alegrías filosóficas, cuando un bicho de esta naturaleza se derrite bajo una temperatura de 40 grados.

No hay que tener compasión de los gordos aunque se derritan, puesto que la gordura es el resultado de una hiperalimentación, de un empacho crónico, de un atracón cotidiano y sistematizado. Un gordo, tiene un cementerio en la barriga: se come la alimentación de 5 y el problema social se quintuplica. Sin notar, hace y se hace un daño terrible, porque contribuye a reagravar la miseria y constituye un foco de infección, latente y voraginoso. Los microbios, frente a una mole humana de 120 kilos, se llame o no Trabucatti, sienten vértigos necrológicos, espasmos sepulcrales. El apetito de las bacterias en semejantes casos rivaliza en voracidad con el apetito del enfermo.

La gordura, que indica ignorancia y bestialismo, es patrimonio de los burgueses y almaceneros; entre los proletarios no hace prosélitos merced a que se les somete a un apetito feroz y corifeo.

En punto de gastronomía nos educaron con la visión de Sancho Panza y el libro de Rabelais en la mano. ¿Que cierto literatolastro publica un libro de cuentos amerengados? ¡Tate! ¡Un banquete! ¿Que llega un famoso dramaturgo a nuestras playas después de visitar las pirámides de Egipto? ¡Una comilona! ¿Es domingo o día feriado? Un empacho! ¿Nace un niño, cumple años, se va o se queda? ¡Macarrones con tomates! En Corrientes, hasta cuando muere alguien, se chupa y se engulle a toda

vela y trinquetilla. Los literatolastros suponen que la tierra es un acuario monstruo poblado de tiburones, un restaurant de un día, una fonda transitoria. Sus emociones más puras empiezan con papas fritas, vibran con aceitunas y concluyen en una olla podrida. El glotón posee un paladar extragado y un estómago pelota. A menudo, el hambre desmedida, es un síntoma anormal, una enfermedad manifiesta. Quién come lo necesario, seleccionado racionalmente, tiene un apetito normal, un paladar exquisito y una salud incomparable. Los flacos tienen más vitalidad que los gordos. Metchnikoff, cuyos estudios orthobióticos son célebres, pudo comprobar que todos los centenarios eran flacos, menudos y ágiles. Los gordos quedan derrotados, constituyen un monumental fracaso.

Nos acordamos del gordo que pinta Maupasant, cuya señora se devanaba los sesos para darle una aplicación a todo el calor que irradiaba inútilmente, hasta que un día dió en el clavo y lo puso a empollar huevos. ¡Eso! O algo parecido. Tanto da. Pensando y repensando, si pudiéramos freír a todos los gordos, indudablemente sacaríamos emulsión para levantar y restablecer a todos los raquíuticos.

MARCOS PROFANO.

Paraná Mini.

La educación sexual

Entre el profesorado se estudia la forma más delicada para poder hacer un ensayo de educación sexual. La idea es inquietante para ellos; tropieza su realización con las rancias ideas practicadas hasta ahora en las escuelas religiosas y laicas. Bien sabemos que la estupidez, la rutina, la simulación, han sentado sus reales en las aulas donde se pretende elaborar el porvenir de la Patria. Una escuela que debería tener horizontes abiertos a todos los ideales humanos, es hoy la cárcel del pensamiento. El niño hecho hombre, llega a la vida con ideales desgastados por XX siglos de brutalidad y de ignorancia, a los veinte años, sabe más de la hechura de las botas del general San Martín, que de la maravillosa estructura del cuerpo humano. Y una «niña» nos atormentará los oídos con un vals infame, y no sabrá nada de las inquietudes que le ocasionan sus órganos genitales. Ori-

gen de esta pésima educación son debidas, una serie infinita de enfermedades y desgastes fisiológicos. Moralmente sus efectos son desastrosos; engendran una legión de pedantes que ensombresen la vida.

Se pretende dar a esta educación sexual un matiz que suavice sus aspereidades; como se trata de un caso «inmoral», para ellos, creen conveniente apenumbraarlo con la clásica hoja de parra. De lo demás se encargará la fantástica y a veces pernicioso imaginación del niño; claro que con este método, no harán otra cosa que prolongar el mal.

En un sistema de educación netamente revolucionaria, el profesor tratará la educación sexual con la misma simplicidad y el mismo amor que cualquier otra materia. El profesor no verá por qué se ha de hacer un misterio para el niño con los órganos sexuales. Y si le exige, por ejemplo, que se limpie la nariz, el mismo tono empleará para la higiene del pene o la vulva. Entonces el hombre, desde su infancia, sabrá que en el cuerpo humano no hay ningún fragmento que no desempeñe una misión transcendental.

Lo contrario sucede hoy con el método de enseñanza viciosa que nos han inculcado en las escuelas; desde la niñez aportamos a la vida una serie desconsoladora de males, remediabiles si hubiéramos tenido una enseñanza libre y amplia.

En el breve tiempo que estuvimos en la Escuela Moderna, fundada en Rosario, habíamos ideado, para más adelante, dar lecciones de educación sexual, empezando por sus procesos más rudimentarios, desde la anatomía y fisiología, hasta el eugenismo, ciencia ésta la más adelantada para perfeccionamiento del hombre. Aunque tendríamos que luchar con una niñez ya viciada en los hogares y en las escuelas por la educación anterior, estábamos seguros que nuestro esfuerzo se vería premiado por un adelanto en nuestros niños poco común con los demás que concurren a las escuelas particulares laicas y religiosas.

Los revolucionarios estamos plenamente convencidos de la necesidad imperiosa de introducir en las escuelas la educación sexual, sin tapujos de ninguna especie, en su libre manifestación, tal nos enseña la naturaleza, convencidos que con esto remediaremos una infinidad de males que hoy afligen a la humanidad.

ABEL RODRÍGUEZ.

LA PATRIA

«La Patria es una callejuela, en la cual cuando niños hemos jugado a la tarde; es un círculo de mesa suavemente alumbrado por la lámpara, es la vidriera del almacén en la casa vecina; la patria es en el jardín el nogal, cuyos frutos hemos esperado; es un valle de río, la curva de un valle de río; la patria es un portón de madera oscurecido por los años, en el fondo del jardín; es el olor de manzanas que se asaban en el horno, es el olor de café y cocina en la casa paterna abrigada; es a través de praderas un angosto sendero, que conduce a la ciudad o fuera de ella, es un paseo por ese sendero, las notas que se apagan de una canción de niño, el tañido de campanas vespertinas en algún día de nuestra niñez... No es el Estado—la organización de la mentira, violencia, poder y autoridad—la patria para el hombre, sino el recuerdo de minutos amables para la niñez, el recuerdo de las miradas hacia el porvenir todavía embellecidas de esperanzas.»

LEONHARD FRANK.

LA REBELIÓN DE LOS ESCLAVOS SPARTACUS

El nombre del biografiado en estas líneas es el de uno de aquellos seres a quienes la antigüedad no consideraba como hombres, y a quienes Roma para distinguirlos del resto de la especie humana, les ponía como si fueran bestias, una marca en la frente y una argolla en el pie, rapándose además el cabello por un lado. Nos referimos a los esclavos.

De todas las injusticias cometidas por los hombres, ninguna más abominable que la esclavitud, esa institución de violencia y de barbarie, convertida por una filosofía depravada, en hecho necesario y fatal, determinado por la sabiduría anómima y sagrada, que algunos suponen proceder de las peripecias de la Historia y de los destinos humanos.

Causa tristeza ver como todas las religiones de la tierra todas las legislaciones y todas las filosofías, han legitimado, en sus principios y consecuencias, la esclavitud grabada en letras de fuego en los libros sagrados de todos los pueblos, no como hecho transitorio sino como sentencia inapelable de la voluntad divina, sirviendo de base a las concepciones de los más sublimes legisladores de la antigüedad.

La fé, la sabiduría humana y la ley, hanse unido, consagrando su humillante adhesión a este ultraje, a la moral y a los derechos de la

naturaleza, estableciendo como principio lo que desde el origen de las sociedades era un hecho brutal, consecuencia del bárbaro antagonismo que dividía a los hombres.

En el mundo de hierro de la antigüedad, entre las cien naciones dispersas desde las columnas de Hercules hasta las riberas de la India, desde las estepas de Seita hasta los valles del Nilo, nos encontramos con los mismos caracteres, a pesar de la diferencia de razas, de costumbres, de leyes, esta institución que es como el lazo de unión de los pueblos.

En Roma como en Menfis, en Cartago como en Jerusalen, en Atenas como en Babilonia; por debajo de la casta más despreciada vegeta un ser sin nombre, sin alianza y sin familia, solo y mudo en medio de la muchedumbre, víctima del desprecio universal y de las más bárbaras vejaciones, para el cual no hay ley, ni patria, ni religión, ni arte, ni nada de lo que constituye la vida de los demás hombres. Y sin embargo sobre este pálido fantasma, sobre esta imagen de la nada, era donde reposaban, como sobre base eterna, el inmenso fardo de las sociedades antiguas, que se hubiesen hundido si la esclavitud dejara de existir un solo momento.

Y esta iniquidad estaba en tal forma encarnada en las costumbres, que ninguna protesta se levantó durante siglos, ninguna duda invadió el espíritu de los hombres, ningún esfuerzo se intentó.

Los filósofos en sus aventuradas concepciones, jamás pusieron en duda la legitimidad de esta institución, a la que consideraban como base sagrada de todo orden social. El mismo cristianismo, a pesar de lo que ha dicho, no solamente no ha cambiado la condición material de los esclavos, sino que admitiéndole en su comunión, ha consagrado formalmente su abyección, imponiéndoles la obediencia como un deber sagrado. Por lo demás al aceptar el símbolo mortífero que consagra a eterna servidumbre una porción de la Humanidad, era forzosamente llevado a no ver en las víctimas, más que la maldita posteridad de Can.

Cuanto a la influencia que ha podido ejercer en la emancipación progresiva llevada a cabo por los siglos, ha sido singularmente exagerada por las teorías sistemáticas de las escuelas modernas.

La iglesia jamás ha protestado contra la institución; pero, en cambio, ha sabido aprovecharse de ella, como lo atestiguan los monumentos de la Historia: los preladados, los papas, todas las corporaciones religiosas, han poseído en todos los tiempos gran número de esclavos y siervos.

Se podrían citar numerosos ejemplos de la acerba y ávida tenacidad del clero para reivindicar, y esto hasta los tiempos modernos, sus pretendidos derechos sobre los siervos de sus dominios.

Es digno de notarse que fué bajo los auspicios del cristianismo, que se estableció la esclavitud en América, en el momento en que comenzaba a desaparecer de los estados civilizados de Europa.

La historia tampoco olvidará que en los Feudos eclesiásticos del siglo XVIII y en la Revo-

lución Francesa, se han encontrado las últimas víctimas de la servidumbre.

Hasta última hora, a pesar de sus leyes, a pesar de los decretos de sus Parlamentos, a pesar de la opinión pública, la Iglesia no quiso emancipar sus siervos, siendo preciso para su eterno baldón, que la Revolución se los arrancara de las manos.

En la época en que Espartacus intentó su revolución (73-71 antes de esta era) la república Romana componíase de un puñado de Sátrapas, reinando sobre rebaños de esclavos.

Entre estos infortunados los había que eran destinados a matarse entre sí, en el circo, para solaz del pueblo romano. Estos gladiadores combatían ya unos contra otros, ya contra las fieras, porque los leones, las panteras y los tigres, protegidos por la ley romana en África y en Asia, eran traídos a aquellas fiestas de muerte, y aquellos feroces actores del desierto eran saludados con los gritos de entusiasmo de una muchedumbre delirante, cuando se destrozaban las víctimas humanas en la arena rociada con esencia de azafrán y agua de olor.

Muertos y moribundos eran enseguida arrastrados con los garfios fuera de la arena ensangrentada y amontonados en el Spoliarium, donde remataban los que aún respiraban y que no era posible curar para entrar en nuevos combates.

El año 73, antes de nuestra era, un joven tracio llamado Spartacus que había entrado a servir en el ejército romano como soldado auxiliar, pero que desertó, al ser aprehendido por las autoridades fué destinado a la escuela de gladiadores. Este joven, que tenía tan clara inteligencia como ánimo esforzado; habló a sus compañeros de desgracia un lenguaje que nunca habían escuchado. Dijoles que puesto que su suerte era morir, debían hacerlo, no para divertir a sus verdugos, sino volviendo contra ellos las armas de que disponían.

Denunciado por un miserable de aquellos mismos a quienes trataba Espartacus de proporcionar la libertad, tuvo que fugarse precipitadamente con otros setenta que se decidieron a seguirle. Aunque pocos, aquellos hombres eran temibles, porque su fuerza hercúlea, su habilidad en el manejo de las armas y su desesperada resolución de morir matando, hacían de ellos una legión invencible. Además el intrépido caudillo sublevaba a los esclavos por donde quiera que iba y Roma llegó a temer con razón que todos se les incorporaran.

Al poco tiempo aquellos 70 libertos se convirtieron en 70.000. Su jefe, que al principio no tuvo otro plan que el de conducir aquella muchedumbre a la Tracia, de donde él era natural, después en vista de que el éxito sobrepujaba todas sus esperanzas y cálculos, acarició el osado pensamiento de acabar con Roma, para vengarse de los tiranos de la humanidad. Su mujer que lo había acompañado en sus expediciones participaba de su esclavitud y de su huida.

Al igual que las valientes compañeras del Norte, ejercía la profesión de leer el porvenir, habiéndole, según dicen, predicho su grandeza trágica.

Después de varios encuentros con las legiones, en las que logró bastantes victorias, hasta copar al enemigo y hacerse dueño de armas y bagajes, el inteligente y experto gladiador, rodeado de traidores y de envidiosos, y cercado por todas partes de enemigos, se preparó para dar la batalla decisiva con un heroísmo grandioso, desesperado.

En el momento de dar la señal de combate, mató a su caballo, profiriendo estas varoniles palabras, las únicas que la Historia nos ha transmitido: «¡Si venzo, hallaré muchos entre los romanos, si soy vencido, no quiero huir!».

Embistió con los suyos contra las legiones romanas, y ya con el cuerpo acribillado de heridas, aún combatió de rodillas durante mucho tiempo, hasta quedar sepultado bajo los cadáveres de los enemigos a quienes había derribado. Cuarenta mil esclavos perecieron con el sublime vencido en esta inmortal derrota, que remachó por tantos siglos las cadenas de las razas oprimidas.

Así terminó aquella guerra que hizo temblar a Roma en el apogeo de su grandeza militar llenándola de confusión; así pereció el más grande quizá de cuantos han empuñado la espada por la verdadera causa de la justicia y de la igualdad.

La historia nada más sabe respecto a su personalidad. Un solo momento ha figurado en los anales humanos para enriquecer con su nombre la pléyade de héroes misteriosos que de tiempo en tiempo se levantan para protestar contra la injusticia y morir.

Aislados de todo, sin antepasados ni posteridad, aparecen de repente para sumirse luego en los suplicios y en las luchas heroicas del individuo por la humanidad.

S. G.

“BASES”

En los primeros días del presente mes reaparecerá en la Capital Federal «Bases», que dirige nuestro compañero Juan Antonio Solari, para aparecer en lo sucesivo el 1.º y el 15 de cada mes.

«Bases», fué la primera y mejor tribuna que en estos últimos tiempos, frente al furioso despertar de las fuerzas reaccionarias, levantara la juventud libre para gritar fuerte y sin miedo su protesta y sus ideas, y debe ser leída por todos los hombres conscientes y dignos que en el país y fuera de él luchan por las ideas de justicia social.

La subscripción es de 0.50 centavos y da derecho a seis números. Los que deseen suscribirse pueden enviar el importe en estampillas o efectivo a: «Bases», Casilla de correo 435, Buenos Aires.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO, MANIFIESTO DEL GRUPO “JUSTICIA” DE CÓRDOBA.

CeDInCl